

Partir para contar

Un clandestino africano rumbo a Europa

Mahmud Traoré
y Bruno Le Dantec

El relato de MAHMUD TRAORÉ fue recogido por SONIA RETAMERO en febrero de 2010, en Sevilla, en el transcurso de una conversación grabada de una treintena de horas. Luego BRUNO LE DANTEC lo puso por escrito en francés. Este paso del idioma oral a la lengua escrita, en el que la literatura nunca debía imponerse sobre la veracidad de los hechos, fue posible gracias a una complicidad y a una comunicación continuas entre Mahmud, Sonia y Bruno, así como una abundante documentación sobre los lugares y los acontecimientos descritos aquí. La traducción al español la realizó BEATRIZ MORENO con la ayuda de Sonia, Bruno y FEDERICO CORRIENTE

Índice

P R Ó L O G O

<i>Una odisea africana</i>	7
1. Peor para los amargados	7
2. A la aventura	7
3. A la sombra de la mezquita roja	7
4. El desierto de los desiertos	7
5. El sufrimiento te da consejos	7
6. Buscándose la vida en tierra de Gadafi	7
7. Demasiado tiempo en la boca del lobo	7
8. Otro coronel (esta vez argelino)	7
9. Huéspedes forzosos del <i>chairman</i> Bubacar	7
10. Un amor fugaz en Argel	7
11. En los guetos de Maghnia	7
12. Currelar en el campo	7
13. Entre gendarmes y furtivos	7
14. La República Clandestina de Gurugú	7
15. De Melilla a Ceuta... ..	7
16. ... Atravesando el Rif a pie	7

17. Los pueblos africanos de Beliones	7
18. Detenido y expulsado al desierto (tres veces)	7
19. Asambleas en el bosque	7
20. Al asalto de la última frontera	7
21. Centro de Estancia Temporal para Inmigrantes	7
22. Los muertos dicen que no, la calle grita que sí	7
23. Andalucía, tierra prometida	7
24. El lápiz de Dios no tiene goma	7
25. Vuela... ..	7
26. ... Y cuéntalo en casamance	7

P O S T F A C I O

«La frontera es un bisnes»	7
----------------------------------	---

Agradecimientos	7
-----------------------	---

Bibliografía	7
--------------------	---

Una odisea africana

LA HISTORIA DE MAHMUD es la de miles de jóvenes africanos que, atraídos por el canto de sirenas del mundo globalizado, se lanzan a las rutas del exilio en autobús, en tren, en camiones de ganado, en cayuco o a pie... Mahmud tardó tres años y medio en recorrer la distancia que hay entre Dakar y Sevilla —atravesando el Sahel, el Sáhara, Libia y el Magreb— cuando a un turista europeo hacer lo mismo le cuesta poco más de tres horas en avión. Y al final de ese viaje, participó en unos acontecimientos muy sonados.

En la noche del 28 al 29 de septiembre de 2005, en los alrededores de Ceuta, centenares de migrantes irregulares se precipitaron sobre las vallas y alambradas que los separaban de Europa. La policía abrió fuego y hubo varios muertos. Muertos sin rostro, sin nombre, sin un recuento fiable.¹ Algunos de los supervivientes lo han contado, pero por muy valiosos que sean, estos testimonios son fragmentarios cuando sirven para ilustrar el artículo de un periodista o la tesis de un universitario, de manera que los migrantes siguen sin ser protagonistas de su propia historia.

En este libro Mahmud Traoré cuenta su viaje de pe a pa, desde los motivos que lo impulsaron a irse hasta las lecciones que

1 Vid. el postfacio «La frontera es un negocio».

hoy en día saca de la aventura. Describe la génesis de los acontecimientos de 2005 y, más allá de estos sonados asaltos colectivos, nos desvela la vida cotidiana, los agobios y los modos de apañárselas de los migrantes sin papeles en una especie de «uso del mundo» a la africana.

Por la ruta hacia el El Dorado europeo —después de abandonar la idea de irse a Costa de Marfil, país que se estaba hundiendo en la guerra civil—, Mahmud tuvo que sortear numerosos obstáculos. En más de una ocasión, tuvo que atravesar territorios sin límites claros —y que no siempre coinciden con las fronteras nacionales— en manos de una pléyade de aprovechados: aduaneros, ganchos, guías, posaderos, patronos, policías, transportistas... Al ritmo entrecortado de su periplo —pues en cada etapa tuvo que trabajar para costearse la siguiente—, descubrimos que a expensas de los más pobres entre los pobres prospera toda una economía.²

Mahmud Traoré describe sin prejuicios la tosca existencia que llevan los migrantes a lo largo del camino. Forman una sociedad subterránea y nómada que, expuesta a la rapacidad de unos y de otros, forja sus propias leyes. Una jerarquía fundada en un primer momento sobre el principio de autoridad tradicional —el más antiguo es el que manda— engendra poco a poco un poder coercitivo. A medida que uno se acerca a la meta, la necesidad y el afán de lucro aprietan cada vez más. En el Magreb, campa-

2 Entre el Sahel y el Sáhara, y hasta Gadamés o Gardaya, estos miles de exiliados voluntarios siguen las mismas rutas utilizadas durante siglos por la trata negrera. Eso explica en parte, sin duda, el desprecio y la brutalidad de los militares nigerios, los guías tuaregs o los patronos libios. Sea como sea, el motor actual y el principal beneficiario del éxodo se encuentran al final del camino: es la vieja Europa la que, bajo apariencias humanistas, atrae, expulsa y finalmente engulle a los más afortunados de esos jóvenes pretendientes.

mentos clandestinos, muy precarios, están gestionados como si fueran el germen de un Estado moderno. Aparece la figura del *chairman*,³ que gobierna rodeado de ministros y policías. A veces, como obtiene tanto provecho de su papel de intermediario entre migrantes y traficantes locales, ese presidente ya ni siquiera aspira a llegar a Europa.

El asalto del 29 de septiembre de 2005 se llevó a cabo a espaldas de estos reyezuelos, ya que, afortunadamente, la disidencia siempre es posible. Mahmud, como muchos de los que se criaron al calor de la solidaridad aldeana, prefiere contar con sus semejantes en lugar de dejarse embriagar por las promesas de dinero fácil. Valiéndose de esta complicidad, él y sus amigos consiguen a veces plantarle cara a quienes introducen la lógica del beneficio hasta en el interior de la comunidad de migrantes. Una intuición o un rumor provechosos, mil astucias e itinerarios apartados para evitar los peligros, alianzas pasajeras, una amistad, la ayuda mutua... Los sentimientos humanos nunca se pierden del todo, pese a la ley del silencio impuesta por polis y truhanes. «La aventura es una lección; lo que no ganas en dinero, lo ganas en espíritu».⁴

Mientras redactábamos este libro, Mahmud, que vive actualmente en Andalucía, expresó su deseo de volver a los escenarios de sus «crímenes». Quería enseñarnos los lugares donde había vivido y sufrido, donde había mendigado, donde saltó la valla por primera vez, el pozo del que sacaba agua y el conducto de hormigón donde se escondía durante las redadas... Y así lo hicimos en febrero del 2011.

3 Título otorgado a los «presidentes» de los guetos de subsaharianos (N. del T.).

4 Un migrante subsahariano, en *Le Piège*, documental de Alexandre Dereims difundido por *France 5* el 27 de septiembre de 2011.

Partir para contar

«Cuando los africanos cuenten en primera persona sus experiencias de habitantes y exploradores del mundo, se habrá acabado el exotismo».

Fatú Diome

I. Peor para los amargados

NO LE HE DICHO nada a nadie. Kadi y Musa están al corriente de lo de Bambo, pero espero hasta el último momento para decirles que me voy con él. Con el ceño fruncido, Musa me pregunta si lo sabe mi madre, si tengo dinero, si soy consciente del peligro. Según él este plan no está bien atado, es demasiado improvisado. Quizá tenga razón, pero el pesimismo de los que están demasiado cansados para irse a la aventura⁸ no me importa: no seré yo el primer joven que se lance por una cabezonada. Estás ahí, con las manos vacías, harto de pasar fatigas y de esperar algo que, como tú bien sabes, no llegará nunca si no vas a buscarlo. Así que un día te espabilas y pruebas suerte diciéndote que si sale rana siempre estarás a tiempo de volver a casa.

Bambo Sané es del mismo pueblo que yo, pero como es mayor, nunca tuvimos mucho trato. Se marchó a Dakar desde Casamance para sacarse el pasaporte, se hospeda en casa de Kadi y cuenta a todo aquel que quiera escucharle que Costa de Marfil es jauja. Según se ha informado, para llegar allí, hay que pasar por Malí, porque en Guinea los caminos son peligrosos. No se me olvidará esa tarde que pasamos hablando en voz baja, imaginando un viaje bueno y bonito y soñando con una nueva vida. El cielo,

8 En el África occidental francófona se emplea la expresión *faire l'aventure* («marcharse a la aventura») para designar el viaje azaroso de los migrantes.

despejado al principio (incluso llegué a ver una cometa como un presagio), se cubrió de oscuras nubes, hasta que estalló la tormenta y nos tuvimos que refugiarnos bajo un tejado de chapa ondulada. Esa noche, sin que le costase mucho, Bambo me convenció para que me uniera a él. Incluso atrasa su salida para dejarme vender unas cuantas cunas y mesitas de noche que he fabricado yo mismo en el taller de Alseny en las horas de descanso.

En una semana, instalado en la esquina de una calle concurrida, vendo toda mi mercancía y saco el equivalente de setenta euros: suficiente para ir tirando, creo.

Emprendemos el camino el 17 de septiembre del 2002. He pasado la noche en la playa con los compañeros del taller charlando de todo un poco, y luego con mi novia, Awa. Cuando nos separamos quería quedar para la semana siguiente y le dije que no, sin atreverme a decirle que estaba a punto de abandonar el país. Le sentó mal, pero me despedí bromeando para despistar. En ese momento ignoro que tardaré siete años en volver a verla, y que en el intervalo ella se habrá casado.

Mi hermana Kadi se ha levantado al alba y ha preparado un sacrificio para bendecir mi viaje antes de despertar a los demás. Mientras Musa, ella y yo tomamos café, sus cuatro hijos, formando un círculo en cuclillas con cinco o seis amiguitos del barrio, hunden la mano en una calabaza llena de pan duro empapado en leche con azúcar. Con los ojos empañados por el sueño, mis sobrinos me observan en silencio, con la leche chorreándoles hasta el codo. Solo el mayor, Fatoma —«el padrecito»— se da cuenta de que algo se cuece. En este sacrificio, el pan compartido evoca la paz, la leche simboliza la pureza y el azúcar representa el sabor de los días de abundancia. Una vez terminado el plato, mi hermana trae un cubo lleno de agua fresca para que nos lavemos las manos, y con los dedos húmedos, toca la frente de cada uno de los niños. Después abre la puerta y tira lo que queda de agua sobre la acera.

«Cruza», me susurra. El agua vertida ha de asegurarme un viaje benéfico. Este charco es la primera frontera que cruzo.

Tras dejar a los niños con una vecina, Kadi y Musa me acompañan a la estación. Esperamos a Bambo en el andén. Musa me llama *beau*, por *beau-frère*, cuñado, aunque su mujer y yo no tenemos ni la misma madre ni el mismo padre. En realidad somos primos hermanos, pero entre nosotros los primos son como hermanos; a Kadi Camara la considero como a una hermana mayor y ella se preocupa por mí. Pese a no ver esta fuga con muy buenos ojos, Kadi respeta mi decisión. Sabe que no soy un atolondrado y que ya soy lo bastante mayor para decidir a dónde encaminar mis pasos. Es solo que habría preferido que hubiera avisado a mi madre y mis tías del pueblo, además de a mi tío Mamadú, con el que vivo aquí. Lo primero que pensará mi tío es que he pasado la noche fuera, que me entró sueño en casa de un amigo y que, al hacerse de día, me he ido a currar sin cambiarme, como ya ha ocurrido varias veces. Solo se dará cuenta de que me he largado definitivamente más tarde.

Bambo llega con retraso; ha pasado la noche en casa de su amante, una chica del pueblo que vive en la capital. Se aproxima la hora de la salida y Kadi está mosqueadísima: «Para ser un hombre que va a emprender un viaje tan largo, tu compadre no parece muy de fiar». A mí me da igual, estoy totalmente decidido a hacerlo, con o sin él. En cuanto llegue a Malí, lejos de los míos, sentiré nostalgia por primera vez, pero esa mañana me voy con alegría en el corazón: pronto cumpliré veinte años, mi aventura acaba de empezar. Musa me desea buena suerte: «Confío en ti, *beau*. Eres un chico espabilado, siempre te las arreglarás para salir adelante». Kadi me abraza, y luego me mira mientras me voy alejando, sin decir una palabra.